

867-916
tribuna

ME
4982
8736
143626

El poeta Rubén Darío no llegó -1886- a la Estación Mapocho, como escribió alguien por ahí. Llegó a la Estación Central (Alameda). En 1886 la Estación Mapocho no existía. Se construyó con motivo del Centenario (1910). En el volumen "Santiago 1910" (Homenaje al Centenario Nacional)", de los señores Álvaro Covarrubias A., Enrique Valenzuela R. y Jorge Zorrilla C., se apunta lo siguiente: "Encierra la ciudad un circuito de fierro, la línea de circunvalación de los FF.CC. del Estado, servido por cinco estaciones: Central (Alameda), San Diego, Santa Elena, Providencia, Mapocho y Yungay". En 1909 se registró un total de 2.016.438 pasajeros movilizados por este medio.



Darío en Santiago

Por Luis Sánchez Latorre

difícil conocerla a fondo; es seria y absolutamente aristocrática. Ha habido viajeros más o menos yankees o franceses, que para salir del paso en sus me-

morias, han inventado respecto a la sociedad chilena, que no han conocido, unas cuantas paparruchas y mentiras. Santiago disgustó a Sarah Bernhardt y encantó a la Ristori. Es cierto que sobre esto último nada tiene que decir María Colombar. Santiago gusta de lo exótico y en la novedad siente de cerca a París. Su mejor sastre es Pinaud y su Bon Marché la Casa Prá. La dama santiaguina es garbosa, blanca y de mirada zreal. Cuando habla parece que concede una merced. A pie anda poco. Va a misa vestida de negro, envuelta en un manto que hace, por el contraste, más bello y atrayente el alabastro de su rostro, en que resalta, sangre viva, la risa roja de los labios. Santiago es fría, y esto hace que en el invierno los hombres delicados se cubran de finas pieles. En el verano es un tanto ardiente, lo que provoca las alegres y derrochadoras emigraciones a las ciudades balnearias. Santiago sabe de todo y anda al galope. Por eso el santiaguino de los santiaguinos fue Vicuña Mackenna, mago que hizo florecer la roca del Santa Lucía".

No fue un deslumbramiento -recuerda Armando Donoso- el que experimentó Rubén Darío al llegar a la metrópoli chilena, pues soñaba constantemente con algo mejor, con el obligado viaje a Lutecia, al París de sus ilusiones, que más tarde llegó a ser el lugar de su residencia predilecta. Pero, ante sus ojos habituales a severa y austera modestia colonial de León, al carácter rústico de la aldea grande de Managua o a la tristeza de las ciudades salvadoreñas, Santiago le hizo la impresión de una urbe interesante, moderna y cosmopolita, suntuosa y soberbia.

"Santiago en la América Latina -anotaba Darío en 1888- es la ciudad soberbia. Si Lima es la gracia, Santiago es la fuerza. El pueblo chileno es orgulloso y Santiago es aristocrático. Quiere aparecer vestido de democracia, pero en su guardarropa conserva su traje heráldico y pomposo. Baila la cueca, la pavana y el minué. Tiene condes y marqueses desde el tiempo de la Colonia, que aparentan ver con poco aprecio sus pergaminos. Posee un barrio de San Germán, diseminado en la calle del Ejército Libertador, en la Alameda, etc. El Palacio de la Moneda es sencillo, pero fuerte y viejo. Santiago es rica, su lujo es cegador. Toda dama santiaguina tiene algo de princesa. Santiago juega a la bolsa, come y bebe bien, monta a la alta escuela y a veces hace versos en sus horas perdidas. Tiene un teatro de ópera en el mundo, el Municipal, y una catedral fea; Santiago es religioso. La alta sociedad es

difícil conocerla a fondo; es seria y absolutamente aristocrática. Ha habido viajeros más o menos yankees o franceses, que para salir del paso en sus memorias, han inventado respecto a la sociedad chilena, que no han conocido, unas cuantas paparruchas y mentiras. Santiago disgustó a Sarah Bernhardt y encantó a la Ristori. Es cierto que sobre esto último nada tiene que decir María Colombar. Santiago gusta de lo exótico y en la novedad siente de cerca a París. Su mejor sastre es Pinaud y su Bon Marché la Casa Prá. La dama santiaguina es garbosa, blanca y de mirada zreal. Cuando habla parece que concede una merced. A pie anda poco. Va a misa vestida de negro, envuelta en un manto que hace, por el contraste, más bello y atrayente el alabastro de su rostro, en que resalta, sangre viva, la risa roja de los labios. Santiago es fría, y esto hace que en el invierno los hombres delicados se cubran de finas pieles. En el verano es un tanto ardiente, lo que provoca las alegres y derrochadoras emigraciones a las ciudades balnearias. Santiago sabe de todo y anda al galope. Por eso el santiaguino de los santiaguinos fue Vicuña Mackenna, mago que hizo florecer la roca del Santa Lucía".

El crítico e historiador de nuestra literatura Domingo Meliá Demarco dice que Darío desembarca en Valparaíso en julio de 1886 y que muy luego se trasladó a Santiago. "El tren se detuvo, como siempre, en la estación Alameda -en aquellos años era la única que existía para los trenes del norte y del sur- y el viajero tropical bajó, confundido con todos los viajeros que arribaron del puerto. Eran más o menos las cuatro de la tarde".

Los días de Darío en Santiago -comenta el gran crítico y ensayista- se cuentan entre los más penosos de su errante existencia. Son los días oscuros y difíciles de la iniciación en un medio desconocido, entre gentes extrañas. Las remuneraciones que recibió fueron precarias y los puestos que ocupó apenas si le sirvieron para defenderse malamente de las duras necesidades. Fue el poeta pobre de solemnidad, vestido como un se-
estrafalario y con un rostro monóglifo que llamaba atención de cuantos se le acercaban.

Darío en Santiago [artículo] Luis Sánchez Latorre.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sánchez Latorre, Luis, 1925-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Darío en Santiago [artículo] Luis Sánchez Latorre. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile